

Retrato de José Luis Prado Nogueira

Vicente Araguas

Conocí a José Luis Prado Nogueira, tuve pues su primera imagen que retengo con la vivacidad del niño curioso que yo por entonces era, en fotos del periódico local que se me han vuelto tan sepiáceas como las noticias que les servían de peana. Fotografías de los años cincuenta (últimos), o de los primeros sesenta, que nos devolvían un señor elegante, bigote fino, traje civil o uniforme impecables, sonrisa ladeada de quien se mueve (mucho después habría yo de saberlo) entre la convicción de la inteligencia propia y el escepticismo ante unos tiempos decididamente ásperos para la sensibilidad, ante nada que no fuese cartón-piedra húmedo y –consecuentemente– enmohecido. Y estaba JLPN en aquellas instantáneas de periódico provinciano con maneras de dama otoñal en plaza con prócer y palomas, porque su fama (de poeta lírico, entiéndase, tan relativa como el sonreír de José Luis, al cabo un lobo solitario) había dejado atrás la anécdota para hacerse categoría. La que iba en paralelo con los premios que estaban cayendo en su saco de marino avezado en largas travesías, también poéticas (y no otra cosa es su libro central, en todos los sentidos, *Miserere en la tumba de R.N.*, larguísimo recorrido en endecasílabos de una de las mayores elegías en lengua española): Antonio Machado, Ciudad de Barcelona, Nacional de Literatura, Leopoldo Panero. Entonces, delante de aquellos retratos y de los artículos que iban glosándolos, los habitantes de la ciudad ilustrada en la que había nacido Prado Nogueira (enero de 1919, placa que recuerda en María 161 que allí tuvo lugar el natalicio, con

Rosario Nogueira, R.N., de artífice) sentíamos un oscuro orgullo, una satisfacción opaca porque los tiempos estaban para pocas bromas, y la cuerda lírica apenas sí tenía tensión o aceptación popular.

Mucho después conocí a fondo a JLPN, al menos parte de su poética, a través de *Respuesta a Carmen*, un librito de la Colección Adonais, comprado en Recoletos, Feria del Libro Antiguo y de Ocasión, y leído en Logroño, Hotel Madrid, en una noche activa, en el corazón febril riojano. Allí confeccioné ya mi propio retrato de aquel hombre, irónico y distanciado desde el pudor del tímido que borda intimidades y angustias existenciales, y lo hace a partir de una deriva tan personal que transforma la erótica en mística y ésta en sentimiento familiar e intransferible, como el de un Coventry Patmore que se hubiese cansado de navegar en casa y hubiese tomado el navío de salir hacia afuera. Ahora Prado Nogueira era mío ya de otra manera, decisiva para que lo fuese recomponiendo en rompecabezas o puzzle entregado, subido en un vehículo estratégico que me lleva de la metafísica primera, *Testigo de excepción*, al humor extrañísimo, como de criado gallego en Calderón de la Barca, de *La rana*. Después de todas estas lecturas quise biografiar a JLPN para la Gran Enciclopedia Gallega, y recibí como respuesta a mi petición una carta educadísima y gélida donde su autor se proclamaba muerto para la literatura, sus pompas y circunstancias. Insistí (soy de natural compulsivo, también para el trabajo, y ahí me duele) y entonces me llegó la llamada telefónica definitiva: «¿Es usted Don Vicente Araguas? Lo soy, sí. Pues permítame la paráfrasis bíblica: Vicente, Vicente, ¿por qué me persigues?» Entonces comprendí de veras por qué José Luis era, de todas, todas, uno de los nuestros. El nativo bienhumorado y altísimo de la ciudad ilustrada en la cual la vía que llevaba al cementerio (hoy instituto, donde estuvo enterrada R.N.) se llama Calle Alegre. O que se autocanta, pese a su índice de pluviosidad copiosa, bañada por «ardiente sol». Entonces José Luis claudicó en su coquetería, falsa como duro gaditano, de vencido literario y se me entregó con armas y bagajes en un pub de Majadahonda llamado El Cóndor. Un piano-bar al que llegó a bordo a de un Ford Escort (del que nunca dejó de decir pestes, orales o epistolares), cargado de carpetas en las que había de todo: cartas de Melchor

Fernández Almagro, Gerardo Diego o José García Nieto, artículos de José Hierro, Eladio Cabañero, Félix Grande, libros de poesía y funciones teatrales inéditas, de todo en fin, exhibido sobre una mesa con la naturalidad con que el niño del poema de Patmore muestra su arsenal de juguetes después de las lágrimas. Y es que en José Luis, desde entonces y hasta hoy (pasando por el infausto 1990 que se lo llevó con mi hermano Nabor Vázquez Montero) amigo mío, había mucho dolor contenido, mucho llanto esquinado a la hora en que todos duermen la siesta y el poeta permanece solo, en vigilancia pudorosa y ensimismada. El José Luis que yo conocí, mediados los 80, todavía en activo como alto cargo de la Armada, no hablaba de política, de literatura lo justo (tan agradecido a las palabras, cariñosas y mesuradas, que le dedicara Umbral en *La noche que llegué al Café Gijón*), y sí de asuntos cotidianos y familiares, de intrascendencias por lo demás tan trascendentes como las mujeres que pasaban ante nosotros y que veíamos pasar con pasión medida de nacidos en la ciudad lejana e ilustrada. Pero entonces de El Cóndor habíamos transitado a la cafetería del Jumbo, de Pío XII, donde Madrid se desplaza al Norte, y daban un café horrible sólo compensado con el trato magistral de JLPN. Maestro «malgré lui», contertulio conmigo en tertulia de dos, ausente José Luis del Gran Café de Gijón donde había quemado tantos cigarrillos y quemado miles de esperanzas. José Luis seguía siendo alto, pero ya «recalcaba». Había en él aquel aire de «sombra propicia y descangallada» que le adjudicara Carlos Polo, otro paisano nuestro, y retratista de José Luis Prado Nogueira antes que yo me haya atrevido a ello. Con la aquiescencia de José Luis, espero, dondequiera que se encuentre. Saudades, Camarada ©

